

GUSTAVO ALEJANDRO FERREYRA

Gineceo

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

Capítulo I

Azul urgió a su amiga a que atravesaran el comedor y apenas estuvieron en el dormitorio cerró la puerta.

—¿Puede ver la TV así, con la imagen moviéndose de esa manera? —le preguntó Sofía, quien a pesar de todo había visto a la abuela delante de la pantalla de TV, cuya imagen giraba a buena velocidad.

—Sí. Ella ve igual. Ella...

—¿Hace mucho que está así la TV?

—No... Hace dos días —mintió Azul—. A veces para.

—Yo me vuelvo loca si la miro así.

La puerta se había abierto sola y Azul la volvió a cerrar, todavía con más fuerza.

—Mostrame las fotos —le pidió Sofía.

—Después. Las tengo que buscar y... no sé dónde están.

Sofía se acercó hasta una cartelera de corcho que se hallaba adosada a la pared.

—Es divino —comentó con inquieta resignación mientras miraba una pequeña foto.

—A mí no me gusta más —espetó Azul con acritud.

—¿Y para qué lo tenés?

Azul no contestó de inmediato. No sabía a ciencia cierta por qué lo mantenía allí, pero el hecho de que ahora le desagradara no la había llevado en ningún momento a pensar siquiera que podía deshacerse de esa pequeña foto. En realidad, nunca se deshacía de nada que ella hubiera tocado y a lo sumo la hubiera sacado de allí y guardado en un cajón. Pero se resistía a efectuar el más mínimo cambio en su cartelera.

—Tendría que poner otra foto... —intentó justificarse.

—¿Y no tenés?

Aturullada, Azul fue hasta el escritorio y abrió un cajón. Estaba repleto de cosas, desde papeles de caramelos y boletos de colectivo hasta las virutas de los lápices al sacarles punta. Revisó sin mucho entusiasmo el montón de cosas.

—No sé. Ya encontraré algo —se expidió rápidamente, cerrando el cajón.

—Déjame ver —dijo la amiga, más decidida, y abrió el cajón—. ¡Qué desastre! —Sofía se puso contenta al ver esa acumulación de cosas sin objeto—. Poné algo y regalame esa foto a mí —le dijo en tono imperativo.

A Azul los colores le subieron a la cara. Por mucho que ahora despreciara a ese cantante no quería ceder la foto. Aunque, por otro lado, sabía que Sofía era cada vez más amiga de Victoria y que fácilmente podía perderla, si no es que la había perdido ya, porque ese día, arguyendo que ella llegó tarde, se había sentado junto a Victoria.

—Avísenme si quieren tomar algo, que durante una propaganda se los preparo —voceó la abuela desde el otro lado de la puerta.

—Me la llevo —dijo Sofía, y acto seguido desprendió las chinchas y guardó la foto en su mochila.

Azul se puso violentísima, aunque no sabía qué hacer ni qué decir. Miraba con ojos agrandados por la angustia la mochila de su amiga, indignada hasta el paroxismo por lo que ella había hecho, entregada en cuerpo y alma a la idea de su absoluto derecho sobre esa foto; y más aún, ya que en el fondo de sí sentía que se trastocaba algo que hacía al orden de su universo, a la necesidad de que las cosas fueran de una forma y no de otra. Casi sentía dentro de sí la potencia suficiente como para hacer desaparecer a Sofía, abrazado su pensamiento a la palabra "morite". Y su enojo se alimentaba también de su propia impotencia, en razón de que, aunque a Azul se le hiciera increíble, Sofía no se daba por enterada de la situación y se la veía satisfecha con lo que había hecho. Azul caminó hasta la mochila de su amiga y se inclinó sobre ella.

—Es mía —musitó con voz gutural, sin decidirse aún a abrir el cierre.

—¡Hey! —Sofía se interpuso, tirándose sobre la cama en la que estaba su mochila, alejándola de la posible acción de Azul. Mientras lo hacía levantó la vista hacia su amiga y vio esos ojos grises que, inundados de estupor, se desbordaban sin salirse de cauce, desplomados sobre sí mismos. Asustada, Sofía se dirigió hacia la cabecera de la cama arrastrando su mochila, acercándose a la puerta de la habitación. Ante esto, Azul se quedó inmóvil. En su mente se había abierto paso la presunción de que más le valía esperar su oportunidad que forzar las cosas en ese instante y que Sofía huyera con la mochila. Miró de soslayo hacia la puerta, tal vez calculando la distancia a la que estaba Sofía. No iba a recuperar su foto ahora, pero se aferraba a la idea de encontrar una forma maligna de hacerlo. Quería infligirle un daño irreversible. Por lo pronto, se acordó del ofrecimiento de la abuela y fue a abrir la puerta.

—¡Mamá! —gritó, dirigiéndose a su abuela— ¡Leche!

—¿Querés algo? —le preguntó Azul a su amiga, quien parecía dispuesta a irse.

—No... —dijo Sofía, dudosa, sosteniendo todavía una de las manijas de la mochila.

—Le voy a sacar una fotocopia color y te la devuelvo —declaró luego.

Azul se distendió y pensó en decir algo que agradara a su amiga.

—¿Querés la leche? —la abuela apareció en el vano de la puerta.

—Sí.

—¿Y vos, no querés una leche chocolatada? —se dirigió a Sofía.

—No. No tomo leche.

—Traé unas galletitas de chocolate —le ordenó Azul a su abuela.

—No hay.

—Pero voy a comprar —afirmó luego la señora al ver la cara de Azul, resignando su programa de TV. Y giró sobre sí misma para ir a buscar la billetera, volcando hacia la espalda la larga trenza de pelo canoso que usaba

desde hacía unos años. Tenía un pelo muy lacio y todavía abundante, y para armar la trenza lo peinaba bien para atrás, despejando por entero su cara redonda y ya algo macilenta. Sus ojos acuosos, de un celeste descolorido, se agrandaban por efecto de unas grandes lentes rectangulares, montadas sobre un armazón de metal.

—No me cambien de canal —les gritó a las chicas cuando volvió a pasar por el pasillo, de camino hacia la puerta del departamento.

—¿Todos los canales se ven así? —preguntó Sofía, mientras descascaraba una pared, la que tenía la pintura levantada en muchos lados.

—Sí. Aunque hay dos que paran más seguido.

—¿Y no lo hacen arreglar?

Azul se encogió de hombros.

—¿Quién le hace la trenza?

—Ella se la hace.

—Es raro ¿no? que use una trenza tan larga.

—Vamos a ver qué dan —propuso Azul.

—Si no se ve nada. Mejor dame ahora un poco de ese perfume que me prometiste, porque después me voy a olvidar.

—Es de mi tía. Vení.

Salieron del dormitorio. Cruzaron el comedor y entraron en la cocina. Azul empujó una puerta algo desveneciada, que chirrió al abrirse. Ingresaron a un cuarto pequeño, muy ajado, casi un cuchitril, una piecita de servicio que el arquitecto agregó en un rincón que carecía de utilidad, suerte de apéndice de la cocina. La cama, angosta, ocupaba todo un costado de la piecita. Por encima de ella, contra la pared, se sucedían casi hasta el techo una serie de estantes tan largos como la cama, en los que se amontonaban las cosas más diversas, desde cosméticos y ropa de todo tipo hasta alguna lata de pintura. Azul se subió a la cama y empezó a revisar unos estantes.

—Siempre lo pone en lugares distintos —Azul corría cosas y hurgaba aquí y allá. La exasperaba no encontrar algo de inmediato, máxime si era de su tía. Nunca encontraba fácilmente ese perfume y se lo reprochaba a su tía con acritud, quien se defendía afirmando que lo

colocaría a partir de ese momento en tal lugar, en el que a la postre nunca estaba. Azul tenía ganas de arrojar sobre la cama gran parte de lo que estaba allí, hasta encontrar el perfume.

—Es horrible el cuartito. Pobre tu tía —comentó Sofía.

Azul echó apenas una mirada en derredor. Nunca se había figurado nada al respecto, jamás se había detenido a pensar si ese cuartito era feo o lindo. Era parte del departamento en el que siempre había vivido y en el que todo sencillamente estaba y existía por fuera de cualquier posible apreciación. Ya había poca luz natural en la habitación y la del velador casi no llegaba a los estantes superiores. Azul tomó un banquito y lo colocó arriba de la cama, sobre el banquito puso la almohada de su tía y se subió allí para llegar hasta el último de los estantes.

—Vos me habías dicho que tu tía era tuerta, ¿no?
—Sofía no pudo evitar una sonrisa al hacer la pregunta.

Azul echó una risita. La palabra "tuerta" le resultaba cómica.

—Sí —dijo, mirando a su amiga desde arriba—. Es tuerta.

Las chicas se tentaron de risa. Sofía se recostó contra el marco de la puerta, sacudida por las carcajadas. Azul se dobló hacia adelante para mantener el equilibrio arriba del banquito, pero la almohada en la que estaba parada no era una buena base y se cayó en la cama. Ésta, vieja e inestable, se movió de tal forma que, si no hubiera estado contra la pared, se hubiera vencido. Azul dio una vuelta sobre sí misma, más risueña todavía por la caída y el golpe. Y aún se rieron por un rato, las dos repitiéndose mentalmente cada tanto la palabra tuerta, buscando la mirada de la otra cuando la risa amenguaba para que en la complicidad y por contagio cobrara fuerzas.

Azul pensaba a menudo en ese ojo ciego de su tía. Desconfiaba de él. Si bien tenía trazas de muerto en cierta manera miraba y Azul creía advertir en ocasiones que estaba abierto al mundo, tal vez percibiendo algo que no era exactamente una visión. A veces la atemorizaba cuando parecía fijarse en ella y auscultarla desde su apa-